

La Santísima Virgen quiso premiar la filial confianza de su joven servidor no permitiendo que muriese sin él.

97.- UNA SINGULAR ENFERMERA

Terry Ross, 23 años, sargento de alpinistas escoceses (los famosos Scaforth Highlanders). Su primera acción, muy difícil, desembarca en Francia, a doce millas al norte de El Havre, para eliminar una estación de radio en Bruneval.

Una explosión como un relámpago al asaltar la estación. Cuando recobró el conocimiento, estaba en el hospital. Operaciones; días largos. Pide al cirujano le diga la verdad: Sí, ya no recuperará la vista. Por primera vez desde su niñez lloró a lágrima viva, apretándose la sábana contra la boca. Sin saber cómo, tocó algo que agarró con fuerza. Era un Escapulario de la Virgen. En voz baja murmuró:

-“Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros”.

Y entonces, en su desesperación, sintió que una mano apretaba la suya, y una voz de mujer le preguntaba:

-“¿Me llamas, Terry?”

El pobre muchacho se aferró a la mano de la enfermera:

-“No, Hermana; no estaba llamando; pero, por favor, hágame compañía un rato, que me siento horriblemente solo”.

-“Vamos, hombre; así no habla un soldado valiente como tú. Recuesta la cabeza un poco mientras te refresco la frente. ¿Acaso no puedes dormir? Cavilas demasiado tal vez”.

Terry rompió en un torrente de confesiones y desahogos. Luego las dulces palabras de la enfermera le dejaron plenamente tranquilizado. Se durmió.

Cuando despertó, la venda de los ojos se había caído. Alzó la mano para enderezarla y se detuvo de repente.

-“¿Eres tú, Juan ?, preguntó con ansiedad.

-“Sí señor, respondió el enfermero. Dispense usted si le he despertado, pero tengo mucho que hacer y necesito empezar temprano”.

-“ Eso no importa, Juan. Acércate aquí más, más”.

La voz de Terry sonaba excitada.

-“Dime, Juan, ¿tú tienes una escoba en la mano izquierda? ¿Y eres alto y delgado y... llevas gafas?”

El viejo dejó la escoba y echó a correr.

A los pocos minutos llegó el doctor y le hizo un examen minucioso.

-“Es imposible de explicar, Ross; pero dentro de pocas horas tendrás perfecta visión”.

Ross preguntó ansiosamente.

-“¿Cuál de las enfermeras estaba de servicio anoche?”

-“Ninguna, Ross. ¿Por qué lo preguntas?”

-“Es que cuando se apagaron las luces, yo no me quedé dormido hasta que ella no vino”.

-“Ella, ¿quién es ella? Te digo, Terry, que aquí no había enfermera alguna”.

No, no había sido un sueño. Él había experimentado la angustia de un terror mortal, y había rezado: “Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros”... y estaba curado.

98.- LLAMA A UN SACERDOTE

El doctor Recamier, famoso médico de París y excelente cristiano, refiere el siguiente caso: Visitaba a un enfermo, a mi juicio irrevocablemente condenado a muerte.

Una mañana, cuando le visité, me asustó su aspecto. Le tomé el pulso, le ausculté. Creí que no iba a durar más que unas horas... Animé a su mujer y a su madre, diciéndoles que lo encomendasen a Dios. Ofrecí hacerlo yo también... Vuelvo por la tarde, sin aviso alguno, y lo encuentro con vida.

Lo mismo al día siguiente. Los pulmones no funcionan, la hipertrofia le obstruye todo el pecho, la respiración es imposible y su vida me parece un milagro. Lleva en el cuello una medalla y el Escapulario del Carmen. ¿Querrá sanarle la Virgen? Su mujer aprovecha la ocasión:

-“Mira, el doctor te lo va a decir. ¿No es verdad que los últimos sacramentos han sanado a muchos enfermos?”

-“Dejadme, gritó, dejadme todos, que me atormentáis y me asesináis”.

El médico, por prudencia, hizo una señal para que callasen, y, acercándose al enfermo, le dijo:

-“Vamos, déme usted la mano y seamos buenos amigos. No diga ni una palabra más”.

Cogió su mano y se despidió. Al salir dijo a la familia:

-“Tengan confianza; he visto el Escapulario en el pecho de Federico, recen a la Virgen y esperen”.

A pesar de ser de noche se dirigió al Colegio del Sagrado Corazón y pidió oraciones por un moribundo, y luego a un sacerdote, para que rezase el rosario. El doctor Recamier lo rezó en casa con su familia y, al final, tres Avemarías por un moribundo. Al levantarse, se apoyó mal y rompió el cristal del reloj.

Se levantó a las seis de la mañana y fue a ver a su enfermo. La madre sale a la escalera a darle las gracias; la esposa le estrecha la mano, llena de gratitud.

-“Venga, doctor, venga, dijo el enfermo, ahora soy feliz. Me he reconciliado con Dios; déme un abrazo”.

El enfermo, sin decirle a nadie una palabra, había pedido un sacerdote y recibió tranquilo todos los sacramentos. Poco después, estando presente Racamier, moría sin la menor agonía.

Para distraer el dolor de la familia, preguntó el doctor:

-“¿A qué hora pidió Federico el sacerdote y los sacra-

mentos?”

-“A las nueve y media”.

Saca Recamier el reloj y lo encuentra parado a esa hora.

-“Miren, a las nueve y media precisamente acabamos de rezar el rosario y tres Avemarias por él, porque al levantarme fue cuando se paró el reloj.

La Virgen nos concedió lo que todos deseábamos: la salud de su alma”.

99.- LIBRADA DE LA MUERTE

El P. Simón Sixto, de la Orden de San Agustín, cuenta que una mujer, en extremo devota de nuestra Madre del Carmen, cayó enferma de muerte, y, recibidos con fervor los Sacramentos, murió, según todos los indicios naturales; de tal suerte que en lo pálido, yerto y desfigurado de su semblante se hacía patente.

Después de ocho horas, una persona, muy amante suya y devotísima del Escapulario, púsole el suyo sobre el pecho, ya frío y yerto, y al punto volvió a recobrar el aliento vital, viviendo después algunos años con admiración de todos, que la miraban con estupor cual verdadera resucitada.

100.- ¡SI YO PUDIERA CREER!

Encontrábase en grave dolencia un joven a quien el vicio arrastraba al sepulcro en sus mejores años, y, acercándosele una persona piadosa, le pedía se dignase aceptar un Escapulario que le traía. El joven, dando un suspiro que le salía del fondo del alma, dijo:

-“¡Ah, si yo pudiera creer!

-Está bien, -le contestó la devota-. Acepte el Escapulario y creerá.

-Pero, mujer, si a mí ya no me engaña como a un niño;

sé demasiado.

-Pero no sabe usted lo que es un Escapulario. Tómelo usted”.

Pocos días después volvió la dadora, y, sin hablarle de religión, le dijo el enfermo:

-“¿Sabe usted que voy ya dudando?”

-¡Oh! -exclamó la señora- Ya cree usted. Pronto caerá de rodillas a los pies de la Virgen del Carmen”.

Efectivamente; antes de quince días moría cristianamente, después de recibir los santos Sacramentos, pedidos por el que no podía creer.

101.- RECUPERA LOS SENTIDOS

Por los años 1912 sucedió en el Hospital de Alegrete, Estado del Río Grande del Sur, en el Brasil, el siguiente caso:

Del Hospital llamaron a un Padre Carmelita para asistir a una moribunda. Fue el que suscribe estas líneas, y, cuando llegué, estaba la enferma sin sentido.

Sospechando que no habría en ella ninguna disposición para que los sacramentos administrados en aquel estado produjeran fruto en su alma, pedí un Escapulario del Carmen y se lo impuse, rogando al mismo tiempo con mucho fervor a la Virgen que se apiadase de la infeliz.

Apenas la enferma recibió el Escapulario, recuperó perfectamente el uso de la razón y de los sentidos; fue instruida en las verdades de la religión, pues era ignorantísima, se confesó y recibió la Unción de enfermos, y cuando estaba terminando de serle administrado este Sacramento, murió.

El que recuperase la razón y los sentidos y recibiese los sacramentos, los que tuvieron noticia detallada del caso lo tuvieron por extraordinario favor de la Virgen del Carmen, por medio de su Santo Escapulario. (Fr. Patricio, O.C.D.)

102.- QUIEREN CONFESARSE

Se lo oí contar a un Padre Carmelita en una misión rural dada en Casariche (Sevilla).

Una noche lo llaman a la cárcel para asistir a unos sentenciados a muerte. Antes de entrar le dice un guardia:

-“Padre, pierde el tiempo, y además va a tener que aguantar sus groserías”.

-“No importa”, contesta el sacerdote.

-“Bien, entre”.

Su presencia fue acogida con visibles muestras de desagrado e incluso con palabras groseras.

El Padre hace un esfuerzo para dominar la situación y consigue hablar: Les dice que dentro de unas horas van a morir y que, por lo tanto, piensen en Dios, con quien se encontrarán dentro de breves momentos. A continuación preguntó si alguno quería confesar.

Ya lo habían oído bastante, y tuvo que escuchar blasfemias y burlas hacia todo lo más sagrado.

De pronto, quizá por inspiración del cielo, el Padre dijo:

-¿Hay alguno que quiera imponerse el Escapulario de la Virgen del Carmen?”

Se adelantaron dos. Dos pescadores fornidos.

-“Nosotros no queremos a los curas. Pero contra la Virgen no tenemos nada”. En efecto, les impuso los Escapularios. De nuevo preguntó:

-“¿Hay alguno que se quiera confesar?”

Inmediatamente, y como movidos por una fuerza superior, dos hombres dan un paso adelante.

-“Yo, Padre”.

-“Yo también, Padre”.

Eran los mismos que un momento antes se habían

impuesto el Escapulario.

(Daniel Estepa, S.J.)

103.- DESEA RECIBIR LOS SACRAMENTOS

Una suscriptora de *REINO DE CRISTO* escribía emocionada ("RC" julio 1977): "Fui con una hermana mía a ver a una amiga que vive en una barriada. Después de estar llamando varias veces en su puerta y no contestar, la vecina me dijo:

- "No está; pero pasen a mi casa".

Aun cuando apenas conocíamos a la familia, pasamos y estuvimos saludando y preguntando cómo estaban todos. La mujer nos dijo que su madre estaba muriendo.

Como no queríamos perder la ocasión, para nuestro juicio final, del "estuve enfermo y me visitasteis", le pedimos permiso para entrar a la habitación de la enferma. En seguida nos pasó. La encontramos gravísima, sin conocimiento. Tenía en una mesa una pequeña imagen de la Virgen del Carmen.

La hija nos contó: Parece milagroso; toda su vida ha sido muy devota de la Virgen del Carmen, sin embargo la iglesia ni la pisaba, ni oía Misa, ni recibía los sacramentos. Pero al sentirse indispuesta, que no parecía nada grave, dijo:

- "Me encuentro muy mal, quisiera recibir los sacramentos, aunque tengo miedo, porque el párroco me va a regañar por no haber ido nunca a la iglesia".

Tratamos de convencerla que como no estaba tan mal, cuando estuviera buena, ella misma fuera a la iglesia, pero ella insistía en que moriría.

Entonces llamamos a una vecina muy buena. Cuando la vio, tampoco la encontró mal. No obstante, como deseaba tanto recibir los sacramentos, nunca estaban de más.

Avisó al párroco, que vino rápido; estuvo muy amable con ella y le administró los sacramentos hasta la Unción de enfermos. Los recibió dándose perfecta cuenta.

A poco de marcharse el párroco, perdió el conocimiento y está en esa especie de letargo en que la ven; el médico dice morirá muy pronto.

Nos hemos enterado que así sucedió”.

104.- CONVERSIÓN ADMIRABLE

En “La Semana Católica”, de Madrid, en su número del 22 de septiembre de 1889, se refería este hecho: D. Francisco Javier Zaldúa, ex-presidente de la República de Colombia y eminente jurisconsulto, no se distinguió mucho por sus sentimientos católicos. Había tomado gran parte en la expulsión de la Compañía de Jesús y otros desafueros análogos.

Tenía dicho señor un hijo que, habiendo terminado brillantemente sus estudios en el Colegio Americano de Roma, se ordenó sacerdote y era muy devoto de la Virgen del Carmen.

Hizo cuanto humanamente pudo por alcanzar de la Virgen la conversión de su padre, pero nada, no lo conseguía.

Hallándose el señor Zaldúa desahuciado de los médicos, le dijo su hijo:

-“Mi querido padre, ya que están agotados todos los remedios humanos, físicos o medicinales, ¿me permitirías ensayar para bien tuyo uno de orden espiritual?”

-“¿Cuál es, hijo mío?”, preguntó Zaldúa.

-“Es sumamente sencillo: ponerte el Escapulario de la Virgen del Carmen”.

Con gran sorpresa y alegría del hijo, el presidente Zaldúa inclinó la cabeza para que se le impusiera el Santo Escapulario. Una vez que lo hubo recibido, preguntó a su

hijo:

-“¿Qué obligaciones se contraen con este acto?”

-“La de confesaros”, le respondió, emocionado, pero en tono imperativo, el buen hijo.

-“Pensaré en ello”, repuso con humildad el enfermo.

Mientras el hijo le daba tiempo para que se reconcentrase en sí y reflexionase, añadió el moribundo:

-“Deseo confesarme, hijo mío, llama a un sacerdote”.

Éste, que ya se hallaba prevenido de antemano por el hijo, confesó al señor Zaldúa, el cual, no contento con confesar contrito y arrepentido sus pecados, añadió en alta voz que moría en la fe de la Santa Iglesia Católica y que deseaba reparar todo el mal que con su conducta o con su ejemplo había hecho a las almas, expirando luego de recibir el Viático, con muestras de sincero arrepentimiento.

105.- CONFÍA EN LA PROTECCIÓN DE MARÍA

Un testigo presencial refirió este hecho: Al tercer día de la batalla de Lenef, habiendo recibido orden de recuperar el campo y visitar a los heridos, ordenando que con las precauciones necesarias fuesen conducidos al hospital de sangre más próximo, observé que entre ellos había un soldado a quien se le veía por la guerrera entreabierta el Santo Escapulario pendiente del cuello, el cual pedía con vivas ansias un sacerdote para confesarse.

Acerquéme a él y vi con estupor y asombro que, entre otras varias heridas graves, tenía un sablazo en la cabeza y que un balazo le había atravesado la frente, de tal modo que por los dos lados se le veían los sesos. Viéndole en tan deplorable estado, dije a los que me seguían:

-“Ved ahí un hombre muerto que es menester dejarle en el campo”.

El desgraciado soldado, para quien no habían pasado desapercibidas mis palabras, suplicó encarecidamente le colocasen en el carro de los heridos y que le dejaran confesar con el primer sacerdote que encontraran al paso, y que después, si querían, le dejaran en el campo o en cualquier otro sitio.

Accedióse a tan justa cuanto piadosa petición, y, a poco de caminar, hallóse a punto un sacerdote, con quien confesó el moribundo, con gran presencia de espíritu, dando muestras de un sincero dolor y arrepentimiento. Después de haber tenido la dicha de recibir la absolución sacramental, levantó su mirada al cielo y exhaló el último aliento, mientras murmuraban sus labios el dulcísimo Nombre de María.

Humanamente hablando, parecía un imposible el que aquel soldado hubiese podido sobrevivir, después de la terrible herida que recibiera en la cabeza, y todos los circunstancias estuvieron acordes y conformes en que el haber continuado viviendo hasta el instante de recibir la absolución era debido, sin ningún género de dudas, a la singular y milagrosa protección que le dispensara María por medio de su bendito Escapulario de la Virgen del Carmen, que vestía.

106.- MUERE EN GRACIA DE DIOS

Refiere el jesuita P. Teófilo Raynaudl, que un soldado de Croacia, desalmado y facineroso, que con otros varios compañeros de su calaña dedicábase a vivir de sus rapiñas, quitando la vida alevosamente a los viandantes y sembrando el pánico en toda la comarca, había decidido dar un golpe de mano a cierto poderoso señor de las cercanías.

Con tan depravados propósitos caminaban hacia Loringia, cuando, al pasar por cierto lugarejo llamado Tiucurt, les salió al encuentro la Justicia, avisada con antelación de sus manejos e intenciones, la cual se aprestaba a prenderlos.

Resistieron denodadamente para no caer en sus manos, pero, al fin, como eran más los representantes de la autoridad, dieron muerte a varios de la pandilla, y al fin quedó sólo nuestro hombre, sin querer de manera alguna entregarse.

Le asestaron varios balazos y un enorme tajo en la cabeza, y, pretendiendo irritados rematarle, ya que le tuvieron derribado por tierra, asestáronle repetidas cuchilladas, mas él con desfallecido acento les decía:

-“En vano os cansáis en multiplicar los golpes para quitarme la vida; no lograréis vuestros propósitos porque fui siempre devoto de la Santísima Virgen y, aunque indigno, visto su bendito Escapulario del Carmen, y no ha de salir mi alma de este cuerpo mortal hasta que no confesare mis culpas”.

Acertó en aquel instante a pasar cerca de allí un anciano sacerdote, quien, compadecido del infeliz, le confesó, y con señales de verdadero arrepentimiento entregó su alma a Dios.

107.- PIDE LA CONFESION

Cuenta el P. Juan Bonet que un señor era esclavo del oro y de la usura y llevaba una vida desastrosa.

Cierto día, su esposa, mujer piadosa, advirtiéndole tan cercana su muerte como viva y pertinaz su obstinación, le dijo con cariño:

-“¿No te he de deber siquiera el que vistas el Santo Escapulario de la Virgen, en el que yo tengo tanta fe, a fin de que la Santísima Virgen te conceda la salud?”

A lo cual le respondió malhumorado el infeliz:

-“Todo cuanto no sea el confesarme ya sabes que te lo concedo”.

Su mujer, que era devotísima de la Santísima Virgen, y que llevaba con sumo fervor su Santo Escapulario desde muy

niña, viendo un rayo de luz y de esperanza en tal condescendencia, envió sin tardanza a buscar a un Padre Carmelita para que viniese a imponérselo y explicarle los privilegios vinculados a él por la Santísima Virgen.

Al punto que lo recibió y sintió sobre su pecho su amorosa caricia, lo besó con suma ternura y respeto y al punto comenzó a decir, entre humilde, confuso y contrito:

-“Confesión, Padre mío, deseo que me absolváis”.

Hizo una ferviente confesión; recibió con grandes muestras de piedad los últimos Sacramentos, y el tiempo que le restó de vida lo empleó en fervorosos actos de amor a Dios y en ordenar cuanto se debía restituir de todo lo mal habido o adquirido durante su vida de comerciante, dando ejemplo, como Zaqueo, de generosidad y de grandeza de alma.

108.- LA VIRTUD DEL ESCAPULARIO DEL CARMEN

Hacía 25 años que había abandonado la fe y las prácticas religiosas y se hallaba moribundo el hermano de un cura párroco, el cual iba a tener que pasar por la humillante pena de que enterrasen a su hermano civilmente, a más de verle morir en la impenitencia.

Otro sacerdote amigo suyo aconsejóle, sin embargo, que pusiese debajo de la almohada del enfermo, sin que éste lo advirtiese, el Escapulario del Carmen. Así lo hizo, aprovechando su sueño, aunque sin mucha esperanza de éxito, por creer que la primera condición para que se cumpliera la promesa de la Virgen a San Simón Stock, de que no moriría en pecado mortal el que llevara el santo Escapulario, era que esto fuese con conocimiento y voluntad del interesado.

Pero ¡cuál no sería su asombro cuando, al despertar, el enfermo pidió espontáneamente un confesor!...

Poco después de confesar, moría con señales de verda-

dero arrepentimiento, no sin haber dispuesto antes que le dieran sepultura eclesiástica.

109.- CONVERSIÓN DE UN ESTUDIANTE

Refiere el P. Matías de San Juan que había en Padua (Italia) un joven estudiante a quien sus desórdenes y excesos depravados habían conducido al término fatal de la desesperación.

Un día concibió el proyecto diabólico de suicidarse, y, armándose de puñal bien afilado, se asestó tres tremendas puñaladas; pero cada uno de estos tres golpes terribles viniéronse a clavar sobre el Escapulario del Carmen, que por fortuna suya llevaba sobre el pecho el infeliz estudiante.

Esto precisamente fue el motivo, ocasional de su conversión y de su eterna salvación; pues absorto y estupefacto el infeliz ante la contemplación de semejante prodigio, entró en sí mismo, y, lleno de confusión, al recordar su depravada y desastrada vida, resolvióse desde aquel mismo instante a mudar de vida y entrar por la senda verdadera del bien, siendo desde aquel mismo día un verdadero dechado y ejemplar de toda la virtud.

Entró más tarde en un convento de religiosos observantes del Seráfico P. San Francisco, siendo un verdadero varón apostólico que llevó muchas almas a Dios con su celo ferviente y santa vida, siendo motivo de alabar y bendecir a Dios y a su Santísima Madre, para cuantos conocían su vida de joven.

110.- UN PATÍBULO “TRONO DE MARÍA”

El siguiente prodigio de nuestra Madre del Carmen con el reo, condenado a tres penas de muerte, Juan José Trespalacios, en 1936, es una página sublime de las misericordias y bondades maternas de nuestra dulce Madre para con sus hijos, los más miserables.

Lo refiere el P. Bernardo María de San José, carmelita descalzo, que fue quien le impuso el Santo Escapulario de Nuestra Madre del Carmen, en Colombia.

En la cárcel se convirtió en fervoroso cristiano y gran apóstol.

“El alma de Juan José, escribe el P. Bernardo, era un alma generosa; desalmado en su crimen, resignado en su prisión, firme ante la muerte. De recobrar su libertad había prometido erigir una cruz en la cumbre de un monte y vivir junto a ella como un perpetuo solitario.

Sobre su pecho estaba su Escapulario, al que besaba cada instante con fervor y una fe delirante. ¡Cuántos no repartió entre sus compañeros de infortunio, o envió, como el máspreciado regalo, en sus cartas, a la otra parte de las rejas de su presidio!

¡Tres penas de muerte pesaban sobre él y no se alteró un momento la paz de su alma, después de haber hecho la renuncia de su vida por sus víctimas y bienhechores, y tras los enormes sacrificios y penitencias hechos en la prisión!

Al darle la noticia de su ejecución, la víspera del Sagrado Corazón de Jesús, (11-junio- 1953), contestó con esta fuerte explosión de júbilo indecible:

-“Gracias a Dios, me ha escuchado mi dulce Madre. Siempre había pedido fuera en viernes o sábado”.

Llegó al lugar en que estaba preparado el pequeño instrumento que le había de librar de este mundo. Cuando se hubo sentado en la silla, pronunció, sonriendo, estas palabras:

-“¡Ya estoy en mi trono!”

Después, y una vez ajustado el instrumento de muerte, cerró los ojos, inclinó la cabeza con dulce paz, y el verdugo dio la vuelta al torniquete...

La Virgen del Carmen, mediante su bendito Escapulario, llevó a esta alma la luz y la paz, le concedió días de sincero

arrepentimiento y de una penitencia increíble, que sirvió de edificación a todos los reclusos, recibiendo la muerte lleno de paz y esperanza en el Señor.

111.- LE SALVA EN UNA MINA DE CARBÓN

Por los años 1950, en las minas de carbón de Dour, una terrible explosión de grisú anegó en luto y en duelo de muerte a muchas familias de mineros.

Uno de ellos, Camilo Leré, de dieciocho años de edad, contaba de la siguiente manera lo que aquel día le aconteciera en el fondo de la mina:

“Me hallaba trabajando en mi galería con varios compañeros cuando, de repente, y hacia el extremo de ella, se oyó el sordo bramido que es presagio siniestro y fatídico de próxima explosión. El vapor y vaho de la muerte, y de una muerte espantosa, nos sobrecogió a todos los mineros.

Yo me amparé y escudé en mi Santo Escapulario y lo estreché convulso entre mis manos, gritando, con una fe proporcionada a la angustia que me oprimía el corazón:

-“*¡Virgen del Carmen, sálvame!*”

En aquel mismo instante el torbellino de la explosión me envolvió por completo.

Poco a poco, el aire se iba enrareciendo, y yo veía que muy pronto iba a ser también víctima de la asfixia. En aquella agonía clamé con más vivas y apremiantes instancias a la Virgen bendita del Carmen, prometiéndole una misa en acción de gracias, confesar y comulgar en ella, juntamente con mi piadosa madrecita.

Luego pedí socorro a voces, y a ellas, acudieron los compañeros que trabajaban en otras venas, los cuales, repuestos un tanto del primer estupor, me arrancaron por fin de las garras de la muerte, sacándome al aire puro y libre del campo.

Sí, a la Santísima Virgen del Carmen y a su bendito y milagroso Escapulario debo mi salvación. Ella fue quien me salvó en aquella hora trágica en que perecieron todos mis compañeros; por esto jamás cesaré de alabarla y bendecirla.

112.- SALE ILESO DE UN ACCIDENTE MORTAL

Era el 29 de septiembre de 1930. Se estaba terminando el cupulín del crucero de la iglesia de los Carmelitas de Ayala (Madrid), debida al celo apostólico del Padre Juan Bautista Felíu Yagüe.

Estaba el citado Padre exhortando a los albañiles en lo más alto de la obra a que por amor a la Santísima Virgen del Carmen pusieran todo su empeño en terminar cuanto antes su iglesia, cuando pisó en falso en uno de los tablones del andamio, los cuales no estaban bien asegurados, y, sin darle tiempo a exclamar más que:

-“¡Madre mía del Carmen, ampárame!”

Fue rodando de tramo en tramo o de piso en piso del andamiaje, sin que el menor magullamiento ni la menor lesión le afectase, y cuando todos lo creían reventado o muerto, salió sonriente, y dirigiéndose al Sagrario, decía a voces:

-“¡Qué bueno eres, Jesús mío, qué bueno eres, que quieres le termine esta casa a mi Madre querida!”

113.- LIBRA A UN NIÑO DE UN ACCIDENTE MORTAL

Rafael Rodríguez Remesal, cura párroco de Casariche, escribía en “*El Santo Escapulario*”: Era a finales del mes de diciembre del pasado año 1925, cuando una tarde deciden salir al campo, para dar un paseo en camione-
ta, don Vidal Moriana, fervoroso amante y propagador de la devoción del bendito Escapulario del Carmen, acompañado

de un hijo suyo y de dos amiguitos de éste. Iban a toda marcha, cuando uno de los pequeños sacó el picaporte de uno de los tableros, sobre los cuales iban recostados. Cayeron los dos amigos al suelo, quedando casi exánimes al golpe, a la vez que el hijo de don Vidal Moriana, como empujado por una mano invisible, caía dentro de la camioneta, sin causarse la menor lesión.

Conducidos rápidamente a sus casas, causaron la impresión dolorosa que es de suponer, al verlos bañados en sangre; cuando he aquí que de labios de la señora de Moriana sale esta exclamación:

-“Estos niños no llevaban el Santo Escapulario”. Y, en efecto, los dos amiguitos, al vestirse para el paseo, habían dejado olvidado el Escapulario en sus casas, que siempre solían vestir. Solamente el hijo del señor Moriana lo llevaba y él fue quien lo salvó, pues necesariamente tenía que caer, si la Santísima Virgen no le hubiese librado de aquel trance. Los dos amigos sanaron de sus heridas, pero en ambos ha quedado la señal para perpetuar el recuerdo del milagro obrado con su amiguito. Y termina diciendo el señor cura que esto ha dado lugar a que en todo el pueblo se estimule más y más la devoción al Santo Escapulario del Carmen.

114.- SALVA A UNA CASTA DONCELLA

Don Alfonso Meneses, Prefecto de las Galeras de Nápoles, tenía a su servicio una doncella, llamada Lelia, hermosa, inteligente y honesta. Era muy devota de la Virgen del Carmen, vistiendo desde su niñez el Santo Escapulario.

Prendóse de ella, ciega y apasionadamente, un infeliz mancebo que la acompañó en una embarcación. Viendo el desalmado mancebo que se resistía trató de violentarla, mas ella se defendió tan valerosamente que nada pudo conseguir.

Ebrio y ciego de furor, el licencioso mancebo, tomándos-

la por la cintura, arrojóla al mar, cosa a la que Lelia no se resistió, por librarse de él, pues confiaba en el valeroso valimiento y en el auxilio presto y eficaz de la Virgen del Carmen.

No haría un cuarto de hora que estaba sumergida en las aguas, e invocando sin intermisión a la Santísima Virgen, cuando la Divina Providencia dispuso que pasara muy cerquita de ella una nave, e, inspirada por la Reina del Cielo, comenzó a dar voces diciendo:

-“¡Pedro Andrés Cenemón, socorredme!”

El primer pensamiento o la primera corazonada de Pedro fue el creer que algún conocido, desde alguna embarcación cercana, lo llamaba; mas le engañó la vista, pues en cuanto alcanzaba el horizonte no pudo descubrir ser alguno. Volvió a repetir otra vez la misma plañidera voz igual exclamación, y al oído certificó la vista, pues vio sobre el agua a una mujer, y, arrojándose al punto al mar, libró de aquel peligro a la que María Santísima había querido salvar maravillosamente.

Ya en la nave, y luego que se hubo Lelia recobrado, comenzó a dar gracias a María, entre suspiros y lágrimas, sin que el patrón de la nave y los demás compañeros saliesen de su estupor, al ver que le había llamado por su propio nombre sin que jamás le hubiera conocido. Interrogada por éste respondió:

-“Has de saber, Pedro, que luego que caí al mar, me recogió en su manto una hermosísima Señora vestida de hábito del Carmen, la cual, cuando pasabas, me indicó te llamase por tal nombre, pues tú me sacarías del mar”.

No le cabía el gozo en el corazón a Pedro Andrés, viéndose favorecido por la Madre de Dios para librar a su devota hija de semejante peligro.

Y dejando el rumbo que llevaba, encaminó la proa de su embarcación hacia Nápoles, a fin de dejar allí a su milagrosa huésped.

Llegados al puerto, desembarcó Lelia, la cual, sin detenerse un punto, corrió hasta el convento de los carmelitas, publicando a voces por las calles la misericordia que María Santísima había obrado con ella.

115.- POR ÉL CONSERVA LA VIDA

El P. Daniel de la Virgen María (1678), en su obra "*Vinea Carmeli*" refiere este milagroso suceso: En Flandes, la Justicia condenó a la horca a un soldado español, en el año 1655, y, estando ya ahorcado, quedó su cuerpo pendiente del cordel de la horca por espacio de tres días consecutivos, aunque el verdugo le había dado por muerto; no le quitaron la vida los cordeles ahogándole con el peso de su cuerpo; en lo cual se conoce le sostenía la poderosa y milagrosa mano de María, Nuestra Madre del Carmen, cuyo Escapulario vestía el soldado con grandísimo fervor y cuyo favor imploraba confiado.

Al cabo de tres días, salió esa mañana de caza el Archiduque de Austria don Leopoldo, entonces Gobernador de Flandes, y, siguiendo a una pieza, les indicó a los monteros que fuesen a recuperarla hacia el paraje donde se hallaba suspendido del patíbulo el ahorcado.

Advirtiéndolo entonces, el que se hallaba en el cadalso, que se acercaba gente, como quien despierta de un profundo sueño, empezó a esforzar la voz, y, acudiendo alarmados los monteros, reconocieron que aún se hallaba vivo y sano.

Dieron aviso al Archiduque, quien tan luego como advirtió el prodigio, ordenó que le cortaran los cordeles. Habiéndose informado del suceso por boca del mismo soldado, de que tan excelsa y divina Protectora le había favorecido a su gloriosa imitación, le perdonó este príncipe.

Él, dando las gracias a la Virgen del Carmen y a su Alteza, partiéndose para España, yendo en romería a Santiago de Compostela y a San Pablo de los Perdones, en la Moraleja, de donde era natural.

116.- NACE MUERTO UN NIÑO Y LO RESUCITA

Refiere el mismo Daniel de la Virgen María que, en un pueblecito de Holanda, se había fundado, el día de la Presentación de nuestra Señora, una cofradía del Carmen. Al siguiente día, Micaela Poller, esposa de Francisco Boucher, daba a luz un infante con todas las señales de muerto.

Consternados el padre, parientes, amigos y conocidos por tal fatalidad, traspasado su corazón de dolor, pues no daba indicio ninguno de vida, y no queriendo por otra parte afligir el corazón de su esposa con semejante noticia, recurrieron a un artilugio piadoso, que les sugería su fe acrisolada y su confianza en el valimiento y protección de la Virgen Santísima. Fue que, obsequiándola y solemnizándola con la erección de su devota Cofradía, juzgaron, y no sin razón, hallarla propicia para solicitar de su clemencia el favor o la gracia que esperaban obtener de su maternal corazón.

No salieron defraudadas sus esperanzas, pues el niño, que durante casi todo aquel día había estado sin movimiento alguno vital, tan pronto como le pusieron a los pies de la Virgen del Carmen y le echaron sobre su cuerpecito el bendito Escapulario, comenzó a dar indicios de vida. Mas al cantarse a nuestra Santísima Madre una Misa solemne y llegar a aquellas palabras del Prefacio “Te rogamos que, con las angelicales voces, sean admitidas las nuestras”, reconociendo María por suyo al que sobre su pecho ostentaba el Santo Escapulario, comenzó a dar ciertísimas señales de vida en sus lloros y en todos sus movimientos.

Llamaron al párroco y le administró el sacramento del Bautismo, rindiendo todos, juntamente con sus agradecidos padres, las más fervientes acciones de gracias a la Santísima Virgen, que así manifestaba su piedad para con ellos.

117.- OTRO PRODIGIO PARECIDO

Daniel de la Virgen María cuenta que en Arluno, ciudad del ducado de Luxemburgo, Obispado de Tréveris, doña María Brande, esposa de don Jaime Firme, dio a luz un niño, el cual no daba señales de vida. La matrona, solícita del bien espiritual de aquel ángel inocente, con la preocupación de si podría bautizársele, fué con él a la iglesia del Carmen, distante pocos pasos de la casa de dichos señores.

Entróse en una capilla que había a los pies de la iglesia a fin de hacer allí una súplica a la Santísima Virgen, para que concediera la vida al niño; mas no tuvo éxito su primer impulso, pues aunque María Santísima se hallaba propicia a concederle la gracia, quiso, no obstante, aquilatar su fe, su humildad y perseverancia, al par que otorgásela mediante su imagen milagrosa del Carmen y al contacto de su bendito Escapulario.

En efecto; sin reparar en el gran concurso de gente que invadía todo el templo, por hallarse celebrando una función solemne, circunstancia que la obligó antes a quedarse en la primera capilla que hallara vacía, avanzó ahora hasta el mismo altar de nuestra Madre del Carmen, y, colocando sobre el Ara el cuerpecito exánime del recién nacido, comenzó a implorar con piadosas lágrimas la clemencia de María Santísima.

Tomando de la imagen del Niño Divino el bendito Escapulario, le colocó sobre el pecho del niño, redoblando más y más su fervor y sus piadosos y humildísimos ruegos.

Sus gemidos, brotados del fondo de su alma, conmovieron las entrañas piadosísimas de la excelsa Madre de Dios, al par que hicieron despertar del profundo sueño de la muerte al recién nacido, quien, abriendo los ojos, rompió a llorar.

Aquel llanto inundó de sublime alegría el corazón de aquella devota mujer, que llamó al punto a un sacerdote para que le bautizara, y, con su júbilo y alborozo, conmovió el corazón de toda aquella ingente multitud, que no cesaba de alabar y bendecir a la Santísima Virgen por las incontables maravillas que obra por la virtud de su Escapulario.

118.- AL CONTACTO CON EL ESCAPULARIO, RESÚCITA AL NIÑO

El P. Pedro Moraga de Guevara, religioso carmelita de Murcia, refiere que en la expresada ciudad, vivía un matrimonio muy devoto de nuestra Madre del Carmen, el cual tenía a su servicio a una pobre mujer, viuda con varios hijos, a los cuales amaban extraordinariamente sus amos por no tener ellos ningún hijo.

Aconteció que, enfermando gravemente el menor de ellos, de unos cuatro añitos, desahuciado por completo de los médicos, al fin expiró en el día de la Santísima Virgen. Trajeron luego del convento un hábito de los que suelen usarse para los acólitos, y con él amortajaron al angelito.

Luego que le vio amortajado la señora, afligióse grandemente, y, haciendo grandes lamentaciones a nuestra Madre del Carmen, entre sollozos y lágrimas, le ofrecía la criatura, al par que le ponía sobre su pecho el Santo Escapulario que ella solía traer consigo.

Continuando la buena señora en sus sollozos y lamentaciones, con el niño en su regazo, notaron todos los allí presentes cómo a poco empezó el niño a volver en sí y a llorar.

Admirados todos y llorando de emoción y júbilo ante tanta maravilla, volaron presurosos a la iglesia vecina, y, prostrados de hinojos, dieron gracias a Dios nuestro Señor, que, por la intercesión de su Madre y al contacto de su Escapulario, se había dignado obrar semejante portentoso.

119.- SALVA A UN ENFERMO DESAHUCIADO

En 1950 y en una de las arterias principales del aristocrático barrio madrileño de Salamanca, fue requerido el P. Joaquín Guarch (1978), para administrar los últimos Sacramentos a un pobre enfermo, ya en estado comatoso.

Allí no había ya nada que hacer, pues el enfermo se hallaba privado del uso de los sentidos y era un tronco inerme, según aseguraban los renombrados doctores que le asistían. Por otra parte, no se notaba gran interés por parte de la familia de que el enfermo muriese en gracia de Dios, sino que más bien se mascaba en el ambiente el deseo de dejarle morir como a un ser no humano.

No se desanimó por esto el celo apostólico del P. Guarch, y con el desenfado y la jovialidad que le eran característicos, consiguió de los familiares el que accedieran a que se le impusiera al enfermo el santo Escapulario, que más por respeto y deferencia a su persona, que a la fe en el áncora de salvación de la Virgen del Carmen, dejaron que se lo impusiera.

Dióse por contento con esto el P. Guarch, no dudando un momento de que la Santísima Virgen haría lo demás.

Así fue, contra todos los cálculos y predicciones de los ilustres galenos que le asistían. El enfermo, al recibir -al cabo de tres días- una nueva visita del Padre, recobró momentáneamente el uso de los sentidos, para dar sinceras muestras de arrepentimiento y recibir la absolución sacramental.

120.- AYUDA EN LA HORA DE LA MUERTE

En 1952, en Cuéllar (Segovia), el médico de la localidad D. Juan de la Torre, de 74 años, estaba muy grave.

Los familiares llamaron a un Padre Carmelita del Henar. Cerca de una hora bregó con el enfermo por las buenas. Mas cuando los familiares esperaban saliera del aposento con la

confesión terminada, recibieron la dolorosa noticia:

-“Que no, que no y que no. Que dice que tiene tiempo de hacerlo en la iglesia y que ahora lo dejen en paz”.

Y el caso es que hacía dos horas una consulta de médicos había declarado la absoluta gravedad del enfermo.

Entran sus hijos, entra su esposa hecha un mar de lágrimas, entran los allegados. Nadie puede convencerle de que debe arreglar su alma para la eternidad sin dilación.

-“¿Tiene el Escapulario del Carmen?”, preguntó a los presentes el Padre Carmelita.

-“Creemos que sí”, respondieron. Trató de asegurarse y dirigió la misma pregunta a su esposa. No lo tenía.

Al despedirse de la familia, les recomendó encarecidamente:

-“Con los que me acompañan, les mandaré un Escapulario; no dejen de ponérselo inmediatamente”.

Y así lo hicieron, aceptándolo el enfermo de buen grado y quedando acto seguido dormido en sueño tranquilo.

Al despertar a las tres horas, sus primeras palabras fueron:

-“Deseo confesar y comulgar”.

Avisado el párroco, muy pronto vino y dejó aquella alma dispuesta para el viaje a la eternidad y en posesión del mejor pasaporte: el Santo Escapulario, por medio del cual la Virgen del Carmen había hecho, una vez más, gala de su poder. A los dos días moría D. Juan en la paz de los justos. Era el 24 de marzo de 1952.

121.-SALVA A UN CONDENADO A MUERTE

Era en los primeros meses de la persecución religiosa de 1936, en Osuna (Sevilla).

Los nacionales ajusticiaron a muerte a algunos comunistas. Para prepararlos a bien morir, llamaron a los Padres Carmelitas. Fueron Pedro Benítez y Daniel Redondo. Exhortóles el P. Benítez con gran unción y celo evangélico a prepararse para el viaje a la Patria celestial, mientras el P. Redondo se disponía a oírles en confesión, para absolverles.

Todos se hallaron bien dispuestos a dejar esta vida por alcanzar la eterna; pero, entre todos, uno negóse rotundamente a perdonar a sus enemigos, exhortándole amable y caritativamente el Padre a que perdonase para poderle dar la absolución. Todo fue inútil; no cabía en la mente de aquel hombre que fuesen tan injustos e inhumanos los seguidores de la doctrina de Jesucristo.

Se les había impuesto a todos el Santo Escapulario. Y ¡oh prodigio de la ternura maternal y de la gracia de María! Todos se acercaron contritos y fervorosos a recibir el Pan de los ángeles, que habría de servirles de Viático en aquel trance terrible.

El reo que se negaba a perdonar tuvo un conato de acercarse al banquete Eucarístico, tratando de disuadirle el confesor e indicando al Padre que celebraba que se había indispuerto el pobrecillo a efecto del calor y de la mala noche que estaba soportando.

Llegó la hora de la gracia: Al darle a besar al pobrecito reo el Escapulario para consolarle y alentarle, éste prorrumpió en un gemido hondo y en un llanto desconsolador, diciendo:

-“¡Sí, perdono, Padre mío, sí perdono, para que me perdone a mí Nuestro Señor de todas mis maldades!”

No pudo menos de abrazarle con efusión y llorar con él de gozo, atestiguando -el Padre Daniel- que había muerto como un santo, por la virtud del bendito Escapulario del Carmen.

122.- NO MUERE CON EL ESCAPULARIO QUIEN REPUDIA LA GRACIA

El Cardenal Vicente Enrique y Tarancón, siendo Obispo de Solsona -1950- en una Carta pastoral sobre el Santo Escapulario del Carmen, nos cuenta el siguiente prodigio:

Habían sido sentenciados a muerte, en Vinaroz, dieciséis reos. Habíase conseguido, después de muchos esfuerzos, que se confesasen catorce, negándose los otros dos incluso a escucharnos.

Pudo decirse misa aquel día en la capilla de la cárcel, antes de la ejecución. Misa a la que asistieron todos, y durante ella un P. Carmelita que, como capellán militar, residía entonces en Vinaroz, los iba preparando para la Sagrada Comunión, al mismo tiempo que los animaba con la esperanza del Cielo.

Poco después del Evangelio, pidieron confesión aquellos dos que no se habían confesado, y comulgaron los dieciséis, y a todos se les impuso el Santo Escapulario. Yo me retiré después de la misa y no fui testigo presencial de los hechos que se desarrollaron después, pero, que me refirieron al siguiente día todos los que habían asistido a la ejecución.

Cuando esposaron a los presos y los subieron al camión, que los había de conducir al lugar donde habían de ser ejecutados, uno de ellos empezó a blasfemar horriblemente. Ni las reconvenciones de sus compañeros, ni las reflexiones que le hiciera el P. Carmelita y otro sacerdote que los acompañaba, sirvieron para otra cosa que para enfurecerle más y para que arreciara cada vez con mayor rabia en sus maldiciones y blasfemias.

Llegó, al fin, el momento de la ejecución y las últimas palabras que pronunció aquel reo fueron una blasfemia y horrible maldición: maldijo a Dios, a la Iglesia, a los sacerdotes, a los militares y hasta su mujer y a sus hijos. Y con la

maldición en los labios y con la rabia más feroz reflejada en su rostro, cayó muerto instantáneamente por la descarga del piquete.

Cuando el alférez que mandaba las fuerzas se adelantó, horrorizado por el hecho, a reconocer con el médico a los ajusticiados, vio en el suelo un objeto que le llamó poderosamente la atención. Se inclinó para recogerlo, y ¿cuál no sería su asombro, y hasta su pánico, cuando vio que era un Escapulario y cuando comprobó, después, que era precisamente el de aquel que había muerto con la blasfemia y la maldición en los labios?

Nunca olvidaré jamás la cara de aquel alférez cuando, al día siguiente, vino a contarme el suceso, enseñándome el Escapulario, que no quería soltar, y repitiendo como fuera de sí:

-“ He visto un milagro, señor cura, he visto un milagro”.

Realmente el caso era sorprendente e inexplicable. El Escapulario estaba intacto: no había saltado, por tanto, roto por la metralla. El reo no se lo pudo quitar, porque tenía las manos esposadas. No había caído, tampoco, en la dirección del cuerpo, sino en dirección contraria; por eso lo encontró el alférez cuando se dirigía desde su puesto de mando a reconocer a los ajusticiados.

La narración del alférez, la que me hicieran por su parte el P. Carmelita y el otro sacerdote y también un seglar que se hallaba presente en la ejecución, coincidían realmente en todos los detalles.

La Santísima Virgen, nuestra Madre, no había querido que aquel que murió blasfemando muriese con el Santo Escapulario sobre su pecho.

123.- SE ARRANCÓ EL ESCAPULARIO

Sucedió el año 1927, en la calle Bolsa de Sevilla. En una modesta pensión, se hospedaba un pobre tipógrafo ácrata, el cual se hallaba en trance de muerte, afecto de

un cáncer en los intestinos.

Los dueños de la pensión, fervientes terciarios carmelitas, llamaron al Padre Ángelo Ramos, carmelita, para que le impusiera el Santo Escapulario de nuestra Madre del Carmen, por ver si aquel pez gordo caía en la red mística de la Divina Pescadora y salvadora de almas.

Sólo por darles gusto permitió que le impusieran el Escapulario. Le visitaba con frecuencia el bueno del P. Ángelo. Un día, entre otros, dijo el enfermo:

-“Si me va usted a poner el disco de la confesión y de que salve mi alma, bien puede coger el portante, porque estoy resuelto a darle mi alma al demonio; así que excuse usted el tratar semejante tema, pues me pone de un humor de perros y me exacerba más la enfermedad”.

Transcurrían los días y el mal se agravaba y acentuaba por instantes, hasta tal punto que con nada se le calmaban aquellos agudísimos dolores, que le tenían materialmente revolcándose en el lecho.

Un día, entre aquellas convulsiones horribles y aquellos dolores insoportables, dijo al P. Ángelo:

-“ Ya debía estar muerto, hace mucho tiempo, pero no sé qué talismán, qué fuerza superior hay en mí que me impide el acabar de una vez, cuando veo que me estoy muriendo a chorros: esto debe ser efecto del Escapulario que usted me puso al cuello, y que me retiene asido como un hilo a esta vida, de la cual no me queda más que un hilo muy tenue”.

Y luego proseguía con convulsiones de epiléptico:

-“Pero yo debo morir y quiero morir y me es aborrecible la vida”.

Amorosamente le instaba el buen Padre a que confesara, para que ya que no podía conseguir la salud del cuerpo, ni retener por mucho tiempo la vida corpórea, consiguiera su salvación eterna.

Echando fuego de odio y de rencor por los ojos, despe-

día al celoso y virtuoso sacerdote, diciéndole:

-“Le recibo como amigo compasivo y bueno que se impone amablemente tales sacrificios por consolarme y visitarme, pero como sacerdote y como fraile le odio y aborrezco y ya sospecho en qué está el secreto de no morirme de una vez: en el amuleto o talismán que me colgó al cuello”.

Todo fue inútil con aquel hombre obstinado y empedernido en el mal. Visitóle varios días el caritativo Padre, y cada vez le halló más desesperado y con menos muestras de volverse a Dios, hasta que un día, inspirado tal vez por Lucifer, arrancóse el bendito Escapulario, lo arrojó con rabia al orinal y murió desgarrándose la garganta y el pecho con las uñas.

124.- NO PUDO MORIR HASTA QUE SE DESPOJÓ DEL ESCAPULARIO

Este caso lo refiere San Claudio La Colombiere, jesuita. Cierta mujer joven, seducida por la lectura inmoral de libros obscenos, contrajo amistades y relaciones harto livianas y peligrosas que la condujeron a la pérdida de su alma. Presa de indecibles remordimientos, resolvió la desdichada poner término a su vida arrojándose a la corriente de un río.

Arrojóse, por fin, con desesperada resolución, a la corriente impetuosa del río, y aunque la desdichada no era devota de la Santísima Virgen, llevaba, sin embargo, por costumbre, su santo y bendito Escapulario.

Por de pronto, todos los esfuerzos de la joven por sumergirse fueron inútiles, porque, a pesar de ellos, seguía la infeliz flotando cual si fuera una pluma.

Un pescador que casualmente se hallara cerca de ella y la viera, corrió apresuradamente en su auxilio para salvarla, pero antes que el pescador llegara a ella, la desdichada se quitó el Santo Escapulario por inspiración diabólica, y, arrojándolo lejos de sí, descendió al punto al fondo de las aguas.

Murió, por tanto, la infeliz, pecando, cometiendo el mayor crimen de todos, dice San Claudio La Colombiere, pero lo cierto es que no pudo morir hasta que se despojó de esta prenda de salvación eterna, con la cual, -añade el mismo santo- nadie puede expirar sin gozar del privilegio de librarse del fuego eterno, según la promesa de María.

(Sermones de La Colombiere, tomo IV; edición de Clermont Ferrand, año 1884).

125.- CASTIGO EJEMPLAR

El P. Pedro de Arancibia, agustino, natural de Abadiano, residente por aquellas fechas en Puerto Rico, cuenta este hecho que tuvo lugar en la ciudad de Añasco (Puerto Rico), el día 24 de diciembre de 1923.

Celebraban, dice el P. Arancibia, los protestantes una velada, intentando ridiculizar nuestras devociones y hacer burla y chacota del clero católico. En la tal velada tomaba parte una joven de apellido Domínguez, que desempeñaba el papel de princesa. Un joven, Pietri, hacía de sacerdote católico. Pietri, exigió dinero a la joven Domínguez. A la negativa de ésta, el cura Pietri montado en cólera, insultó violentamente a la princesa, diciéndole:

-“Te vas a condenar, eres mala católica”.

La joven Domínguez, para demostrar su catolicidad religiosa, muéstrale un Escapulario de la Virgen del Carmen que pendía de su cuello. El iracundo y frenético cura se lo arrebató de las manos, diciendo:

-“Esto es una tontería, una por..”, levantando el brazo en actitud de arrojar al suelo el bendito Escapulario.

Pero Jesús, que suele tolerar con más paciencia los agravios inferidos a su persona adorable, suele hacer sentir su mano justiciera sobre los que se atreven a injuriar a su Santísima Madre.

En el presente caso no quiso que se profanara el honor

de María y quedase en ridículo la devoción predilecta del pueblo católico de Puerto Rico. El brazo que se levantara para arrojar el Santo Escapulario del Carmen, como herido por un rayo, queda inmóvil. El joven Pietri queda idiota. No sabe ni puede responder a los que, estupefactos, le preguntan qué le pasa. El que entró en la velada rebotante de salud y alegría, sale a hombros de sus amigos, enfermo, paralítico e idiota.

126.-NO PUEDE DESPOJARSE DEL ESCAPULARIO

Juan Longo, Canónigo del Colegio de Nápoles, refiere que confesó a un esclavo, el cual, habiendo perdido cierta alhaja de su amo, se ofreció al demonio, a fin de que le manifestase el lugar donde la podría él hallar.

Apareciéndosele el demonio, le dijo que al día siguiente se la daría en el mar, que fuese a la marina. Salió, efectivamente, y el demonio, le mostró la alhaja dentro del mar, ordenándole que entrase por ella. Desnudóse nuestro hombre para entrar, y, yéndose a quitar el Santo Escapulario, invisiblemente se lo impidieron otras manos más fuertes por dos veces.

Quiso entrarse con él en el mar y reparó en que le sujetaban por el Escapulario y no le dejaban entrar de forma ninguna. Volvióse para ver quién le detenía, y vio a María Santísima, Madre de Clemencia y Misericordia, que con una mano asíale del Escapulario y lo sujetaba y con la otra le mostraba la alhaja que había perdido varios días antes, y mostrándosela le dijo:

-“Hijo, qué cosa tan pésima es la que haces dando crédito a Lucifer. Si no me sirvieras vistiendo devotamente mi Santo Escapulario, hubieras perecido sumergido en las aguas.

No me vuelvas jamás las espaldas, ni dejes nunca la devoción de mi Escapulario bendito. Toma la alhaja de tu

señor, vete en paz y confiesa tu culpa, con igual dolor a su gravedad”.

Dichas estas frases, desapareció la Celestial Visión. Hízole así el fiel esclavo, confesándose con el mismo que lo refirió, el cual pidió licencia para poder publicarlo, para aumento de la devoción a María Santísima nuestra Madre y su bendito Escapulario, concediéndoselo, con tal de que no manifestara el nombre del agraciado.

127.- CASO DRAMÁTICO: -SE ARRANCA EL ESCAPULARIO-

Un joven pacoreño, por el 1950, Roberto Álvarez, había ido en viaje de recreo al Valle (Colombia).

Cierto día, un amigo le invita a dar un paseo a orillas del Cauca. Una vez llegados a las márgenes del Cauca, turbulento y torrentoso, proverbialmente engullidor, voraz e insaciable de vidas humanas, el amigo dijo a Roberto:

-“Hombre, te he traído aquí, para que veas cómo me quito la vida, pues vivo muy aburrido”.

Y diciendo y haciendo, antes de que Roberto, quien no salía de su asombro y espanto, pudiera hacer algo por impedir semejante barbaridad, su amigo se lanzó como alma que lleva el diablo, a las aguas turbias y espumosas del Cauca. Desapareció por breves instantes en la vorágine del río, pero el ímpetu de las aguas lo arrojó sano y salvo a la orilla. Fuera de sí, aquel desgraciado, viendo que el conato de suicidio se había frustrado, queriendo terminar cuanto antes, se tiró de nuevo al vértice siniestro del Cauca. Pero en vano, el torbellino acuático lo sacó a flote por segunda vez.

Comprendió el desdichado joven que aquello no era normal y ordinario, tratándose de un río, sepulcro de innumerables víctimas que habían sucumbido, a pesar de su lucha titánica contra la voracidad del remolino.

Reflexionando, dio con la clave del enigma, y, furioso, el energúmeno, con rabia satánica, exclamó en un alarido:

-“Ya sé lo que sucede: en casa me pusieron un trapo y esto es lo que impide que yo me ahogue”.

Arrancóse del pecho con ademán desesperado, el bendito Escapulario de la Virgen del Carmen, y con ímpetu diabólico se precipitó a la corriente vertiginosa, en cuyo fondo quedó sepultado para siempre, no volviendo a dar señales de vida.

Aquel infeliz rechazó la última tabla de salvación que podía librarlo del naufragio temporal y eterno. Arrojando de sí aquella librea mariana, prenda y señal de protección de la Madre de Dios, fue presa del demonio de la desesperación, pudiendo así realizar su siniestro y fatal propósito de quitarse la vida.

El sábado es el día de María.
El privilegio Sabatino,
según la tradición,
lo recibió el papa Juan XXII.



La Virgen saca del
Purgatorio a sus
devotos Carmelitas.

III

“DESPUES DE LA MUERTE, SALVO”.

Sabemos que antes de entrar en el paraíso, como ver a Dios cara a cara es algo tan sublime y casi imposible, es necesaria la purificación del santo Purgatorio.

Y aquí también llega el poder intercesor de la Virgen María.

Es doctrina común de los Padres y Santos de la Iglesia que la verdadera devoción a la Santísima Virgen María es señal cierta de salvación.

Los Santos tenían especial deseo de morir en sábado por ser desde el siglo X día dedicado especialmente a honrar a la Virgen María. Lo veremos p. e. en San Juan de la Cruz (n. 134).

El papa Pío XII en su famosa Carta Magna sobre el Escapulario del Carmen -**Neminem profecto latet**, del 11.2.1950- lo recordaba con estas palabras:

“Esta Madre piadosísima no dejará ciertamente de interceder ante Dios, según la tradicional promesa del llamado privilegio Sabatino, para que aquellos de sus hijos que hayan de expirar sus faltas en el Purgatorio, consigan cuanto antes el eterno descanso de la patria”.

128.- POR VESTIR DIGNAMENTE SU ESCAPULARIO

El P. Cristóbal de Jesús María, Prior del convento de carmelitas del Campo de Criptana, refiere este hecho:

En la ciudad de Tembleque, el día de Nuestra Señora de las Nieves, del año 1613, hallándose en trance de muerte la joven Catalina García, devotísima cofrade de Nuestra Madre del Carmen, la cual había llevado siempre, con sumo fervor, su Santo Escapulario, absteniéndose de comer carne todos los miércoles y sábados en honor de la Santísima Virgen, y guardando con sumo rigor todos los estatutos de la cofradía. Hallándose en trance de muerte, le sobrevino un paroxismo mortal que duró por espacio de dos horas.

Vuelta en sí de dicho accidente o colapso, se la vio echar mano de su Escapulario, y, como no lo hallase, comenzó a buscarlo con gran congoja y ansiedad, pues se lo habían quitado las hermanas por efecto del sumo calor. Preguntándole su afligida madre qué es lo que buscaba, respondió, en presencia de varias vecinas, que su Escapulario.

Dijéronle que se tranquilizara y lo dejase, pues hacía mucho calor y podía molestarle, a lo cual respondió la enferma que, aunque se achicharrase viva se lo había de poner, pues hallándose en el paroxismo o arrobo que había padecido, manifestó que se había visto transportada al cielo, y, al verla la Santísima Virgen, la había reprendido porque iba sin el Escapulario, diciéndole no la reconocería por hija suya si no lo traía, y, como buena hija suya, volviese a la tierra, pues no moriría hasta el día de sábado para volar al instante a la gloria, puesto que había sido muy fervorosa y fiel cumplidora de todas las prescripciones de la Santísima Virgen.

Halláronse presentes, al punto de expirar, dos religiosos carmelitas, que iban por el lugar pidiendo limosna, los cuales

certificaron que había muerto con la placidez de un ángel, tal cual había sido su vida de fervorosa y santa.

129.- VALOR DE LA ORACIÓN PARA EL PURGATORIO

El P. Daniel de la Virgen María (+1678), nos refiere que en la ciudad de Barcelona, murió por el año 1620 Catalina Bosser, doncella muy devota y recogida, y luego de transcurridos cuatro meses, aparecióse a una prima suya, llamada Magdalena Nicolás, y le manifestó que llevaba ya cerca de cinco meses sufriendo Purgatorio, por ciertas mandas y promesas que había dejado de cumplir en la vida, rogándole le ayudase con sus oraciones y caridades a salir cuanto antes de aquel fuego abrasador.

Tomó desde luego a su cargo, Magdalena, el cumplir por su querida prima todo cuanto le había revelado en la visión, y cuál no sería su asombro cuando, al cabo de seis días, se le volvió a aparecer para darle las gracias por su caridad y diligencia en socorrerla. A la vez le dijo que una hermana suya, que hacía pocos días había fallecido en Cerballón, había volado al cielo el sábado inmediato a su muerte por virtud del privilegio sabatino, que como fervorosa cofrade lograra merecer. Y añadió después:

-“Vos, tomad y llevad con fervor el Santo Escapulario, pues yo no lo llevaba y por esto me he visto en tan grandes tribulaciones e indecibles tormentos. Dichosos, aquellos que lo visten, pues es gran verdad que por los ruegos e intercesión de María Santísima vuelan las almas de sus cofrades al cielo en el primer sábado después de su muerte”.

Quedó consoladísima Magdalena con esta aparición, y tan inflamada en santo ardor y celo por la devoción y el culto a la Virgen Santísima del Carmen y a su bendito y milagroso Escapulario, que fue el mayor apóstol en sus tiempos de esta devoción. Manifestó después Magdalena, al Ordinario, estas

apariciones, el cual, luego de examinar su santa vida, seriedad y caridad ardiente, que hacían piadosamente creíbles sus afirmaciones, interpuso su jurídica autoridad y permitió que se imprimiesen en Barcelona estos hechos o apariciones para gloria y alabanza de nuestra Madre dulcísima del Carmen, que así se digna favorecer a sus devotos.

130.- DESEA Y CONSIGUE MORIR EN SÁBADO

El P. Alonso de la Madre de Dios nos refiere que una doncella de tierna edad, natural de Salamanca, que desde su niñez vestía con gran fervor y devoción el Santo Escapulario de la Virgen, observando inviolablemente las abstinencias de miércoles y sábados y llevando una vida angelical, cayó enferma de suma gravedad, sin que los médicos diesen la más leve esperanza de salvarla. Fueron acrecentándose de día en día sus dolores y su fiebre, hasta el punto de ser preciso administrarle los últimos Sacramentos.

En una ocasión notaron los que la asistían que se volvía hacia la pared y estuvo muchísimo rato absorta y ensimismada, como aquel a quien embelesa, suspende o admira la contemplación de algo raro o maravilloso que le deleita.

Vuelta en sí, como inquiriesen y la preguntaran con curiosidad la causa de tal arrobó o embelesamiento, respondió:

-“Me ha visitado y acariciado le Santísima Virgen del Carmen y me ha prometido sacarme de esta vida el sábado inmediato, para llevarme directamente al cielo”.

Y el sábado, en efecto, murió, juzgando todos piadosamente que lograría el dichoso fruto que para los que cumplen con Ella tiene reservado la Santísima Virgen a sus hijos muy amados.

131.- ARDIENTES DESEOS DE RECIBIR EL ESCAPULARIO

El venerable Miguel de la Fuente (+1625), refiere, este hecho del que fue testigo presencial: En Santa Cruz de la Zarza vivía una devota mujer, la cual, desde su más tierna infancia, sintió vehementes deseos de vestir el Escapulario de la Virgen del Carmen para lucrar la santa indulgencia sabatina.

No podía lograr su anhelo por no existir en el lugar cofradía de Nuestra Señora del Carmen, ni tampoco frecuentaban la comarca religiosos carmelitas.

Cayó gravemente enferma y todo era suplicar con fervor a esta Soberana Señora le concediera la dicha de lograr antes de morir el gozar de este singular favor.

Llegó por aquellos días a misionar en aquel pueblo un religioso del convento carmelita de Valdemoro, el cual, tan pronto como le dijeron los deseos de la devota mujer, fue a casa de la paciente, quien hacía tres días ya que estaba agonizando y pidiendo a la Virgen Santísima no la dejase expirar sin antes haber recibido su bendito Escapulario para salir cuanto antes del Purgatorio.

Le impuso el P. La Fuente el Escapulario y, cual si sólo viviera con los deseos fervorosos de vestirlo, a los pocos minutos expiró, con una paz y una dulzura envidiables, haciendo presuponer a todos sus parientes y conocidos que la Virgen del Carmen, de quien fuera devotísima, le había otorgado tal gracia para llevarla cuanto antes al Cielo.

Despertóse con este hecho tal deseo en todos los vecinos del pueblo de lograr esta santa indulgencia, que fundaron, con tal motivo, la Cofradía del Carmen, en la que se inscribieron casi todos los hombres, mujeres, jóvenes y niños de la población.

132.- EL SÁBADO ES EL DÍA DE LA VIRGEN

El venerable Juan Bautista Beltrán, cura de Alcora (Castellón), se retiraba todas las noches a su iglesia, empleando gran parte de ellas en orar ante Jesús Sacramentado, rogando por las benditas ánimas y por los moribundos o agonizantes.

Aconteció que, muchos viernes, los jovenzuelos del lugar, que solían salir de ronda por las calles a cortejar o galantear a las mozas con serenatas y cantares, oían, a eso de media noche, cómo tocaban por largo rato las ruedas de campanillas que estaban en el presbiterio de la iglesia.

Habiéndoles escuchado ya repetidas veces, una noche, al fin, se dedicaron a satisfacer su curiosidad y saber el motivo de tales sonatas. Se aproximaron, pues, a las puertas de la iglesia, y, advirtiéndoles que estaba sin echar la llave, decidieron entrar, mas, para no ser advertidos, empujaron suavemente la puerta, y, muy quedo y despacito, fueron deslizándose en la penumbra, y contemplaron al venerable anciano de rodillas en oración ante el Sagrario.

Estupefactos y admirados al ver que las campanitas del presbiterio se tocaban por sí solas, sin que ninguna mano visible las moviese, preguntaron al venerable párroco qué impulso o por qué arte tocaban ellas solas.

A lo cual respondió el santo sacerdote:

-“ Hijos míos, habéis de saber que como ya entra el sábado van a abrirse las puertas del Purgatorio para que vuelen al Cielo las almas de los cofrades, a los cuales saca en este día de aquellas mansiones de dolor y expiación la Virgen Santísima; por eso, las almas de tales cofrades que han muerto durante esta semana, celebran acá, con estas muestras de regocijo, su buena dicha”.

Quedaron edificadas los jóvenes con estas palabras de su santo párroco, y decidieron ingresar todos en la santa Cofradía del Escapulario del Carmen.

133.- CORAZA CONTRA EL DEMONIO

El venerable P. Miguel de la Fuente dice que en Medina del Campo había un fervoroso terciario que vestía con gran devoción el bendito Escapulario. Padecía muchas tentaciones de parte del demonio, mas de todas ellas salía derrotado el tentador, pues defendía a su terciario la Virgen Santísima mediante su bendito Escapulario.

Asestó, por último, todos sus ardides y astucias Lucifer por ver de conseguir el que el siervo de Dios se quitara el Santo Escapulario, esperando el enemigo en que si lograba se lo quitase, conseguiría fácilmente su victoria. Resistió el piado varón con indecible fortaleza e inaudita constancia la terrible y enconada lucha que para lograrlo le hiciera durante muchos días el dragón infernal.

Irritado al fin el diablo de su paciente y heroica constancia, tomó, cierta noche, forma visible, y, en figura de monstruoso gato, entrando en su aposento cuando ya el buen hombre se hallaba recogido, centelleándole los ojos, erizado el pelo y horrorizándole con lo fiero de sus uñas, arrojóse sobre él haciendo presa en su garganta.

Juzgóse ahogado el devoto de María Santísima, mas, empuñando el Escapulario y mostrándoselo al enemigo, dióse al punto Luzbel por vencido, y, cual si le pegaran fuego, emprendió vertiginosa fuga, mientras con palabras rabiosas le decía:

-"Quítate ese hábito de la capilluda con que constantemente nos atormenta".

134.- SAN JUAN DE LA CRUZ MUERE EN SÁBADO

A propósito de morir el Místico Doctor San Juan de la Cruz en sábado, comenta el P. Alonso de la Madre de Dios lo siguiente:

-“Desde entonces cerró los ojos y se puso en oración, y, de cuando en cuando, preguntaba qué hora era, porque yo le había dicho que era viernes y que aquella noche, antes de entrar el sábado, le sacaría Dios de esta vida, para que siéndole luego Nuestra Señora intercesora, el dicho sábado saliese su ánima del Purgatorio. Y preguntando si era ya hora de tañer a maitines, dijo:

-“Helo preguntado porque gloria a mi Dios he de ir esta noche a cantar los maitines al Cielo”.

Y, como oyese tocar la campana de las religiosas de Madre de Dios a maitines, dijo luego:

-“¡Y yo también, por la bondad de mi Dios, los tengo de ir a decir con la Virgen Nuestra Señora al Cielo”.

Y continuó hablando con Ella en esta forma:

-“Gracias os doy infinitas, Reina y Señora mía, por este favor que me hacéis en querer que salga de esta vida en vuestro día de sábado”.

135.- LE LIBERA DEL DEMONIO

En Gibraleón, villa de la provincia de Huelva, vivía cierto sujeto llamado Pedro Limón, hombre de carácter irascible y colérico, el cual había contraído el mal hábito de perjurar, barbotar y maldecir a todas horas. Sucedióle que un día, cuando regresaba del monte con su jumentillo cargado de leña, le sorprendió la noche antes de que llegase al pueblo, y, por ser tiempo de invierno y la noche lluviosa, despidióse la caballería y, tropezando, vino a caer en un lodazal.

Viéndose solo en tal aprieto y caída con la carga la cabalgadura, montó en cólera y comenzó a jurar y maldecir, ofreciéndola a todos los diablos, mientras descargaba sobre el vil jumentillo una lluvia de palos. Todo fue en vano y sin remedio, pues se hallaba tan hundida y atascada en el cieno que no había fuerzas humanas para poderla sacar a buen sendero. El pobre hombre, ciego de cólera y fuera de sí, por

verse impotente para salir de tan apurado trance, dábase a los demonios, y en una de sus imprecaciones, llamándoles, exclamó:

-“¿No habrá algún diablo de cuantos tiene el infierno que venga y me ayude a levantar esta mala bestia?”

Apenas proferida esta exclamación vio luego, junto a sí, un hombre bien portado, que le dijo:

-“Limón, ¿qué es lo que de mí quieres?” Cuando Limón se oyó nombrar, entre admirado y medroso preguntó:

-“¿Quién eres tú, buen amigo?”

-“Yo soy quien tú, tantas veces, has llamado para que viniese en tu ayuda; a eso he venido, y te ayudaré y haré por ti cuanto me pidas, con sola una cosa que tú hagas en mi obsequio, y es que te quites ese Escapulario del Carmen que llevas al cuello”.

Cuando Pedro Limón escuchó lo que le pedía, con el vello erizado y temblando de miedo, cual un azogado, echó mano de su Escapulario y, mostrándoselo al demonio, a quien desde luego había conocido, le dijo:

-“¡Voto a Dios que no me lo quitaré por todo lo del mundo!”

Y vuelto a la Madre de Dios, lleno de terror y espanto, invocóla de todo corazón, llamándola en su ayuda, mientras besaba con fervor su bendito Escapulario y lo ponía delante de sus ojos.

El demonio, viendo no le podía interrumpir en sus plegarias y súplicas a la Virgen Santísima, a la que no cesaba de invocar, dejóle y desapareció de súbito. Entonces Pedro, ayudando a levantar al jumento pero dejando allí la carga, corrió despavorido hacia el pueblo y, antes de llegar a su casa, fué al convento del Carmen para contar a los carmelitas el milagro ocurrido.

Al día siguiente del suceso, divulgóse éste por todo el pueblo de Gibraleón y su comarca, por lo cual y también por

la mudanza de vida de Pedro, muchísimos sujetos indiferentes, así de la villa como de los pueblos circunvecinos, vistieron devotamente el Santo Escapulario de la Virgen.

Aconteció el susodicho hecho el día 29 de diciembre de 1611, siendo Prior del convento del Carmen de Gibraleón el P. Luis Velázquez Godoy y secretario el P. Gregorio Delgado.

136.- LA VIRTUD PODEROSA DEL SANTO ESCAPULARIO

El P. Enrique Jongen, franciscano, cuenta que en la ciudad de Nápoles vivía un joven de costumbres disolutas, que, a semejanza del pródigo del Evangelio, no sólo dilapidó su hacienda, sino el tesoro mil veces más precioso de su honor y de sus virtudes.

Cuando hubo malgastado todos sus bienes, experimentó desaires en los amigos, frialdad y desvío en los más próximos parientes, y desengaños a granel en todos los que antes le adulaban y reían sus gracias cuando tenía fortuna.

Poco avezado a los trabajos e infortunios de esta vida, tan luego como los experimentó de lleno, se le hicieron insupportables; de aquí que, tras los continuados y cotidianos desprecios y las burlas e irrisiones de los más procaces, huyó del trato y compañía de los hombres y buscó comunicación con los demonios.

Salió, pues, una noche de su casa, y se fue al campo, donde, en un lugar abrupto y solitario, empezó a invocar con desesperadas voces a los demonios, pidiéndoles le sepultasen en cuerpo y alma en los infiernos.

Viendo el infeliz que no acudían tan presto como solicitaba su desesperación, arrojóse al suelo, y, despedazándose el cuerpo con sus propias uñas, alentaba con crueldad a los satélites de Lucifer a que fueran crueles para con él, ejecutando su desesperado e infernal deseo.

No fue pereza la tardanza de Lucifer en cumplir sus

designios maléficos, sino temor al santo Escapulario que llevaba al cuello, por lo cual, tomando horrenda y abominable figura, aparecióse al desesperado mancebo y le dijo:

-“¿Qué quieres de mí?”

Obstinado en su error, le respondió:

-“Estoy haziado de vivir y quisiera morir cuanto antes”.

A lo cual respondióle Lucifer:

-“Eso mismo muchos días ha que lo solicito yo con vivo afán, y si estuviera en mi poder lo hubiese hecho, pero lo haré inmediatamente, con tal que te quites ese Escapulario que llevas”.

Conoció por esto, el joven, *la virtud poderosa del Santo Escapulario*, y pasando de la desesperación a un sincero y vivísimo arrepentimiento, empezó a invocar con fervientes súplicas a María Santísima, y con repetidos golpes en el pecho manifestaba el inmenso pesar de su corazón arrepentido; mas no por eso se alejaba de su vista aquella furia del averno.

Tomó entonces, el arrepentido joven, el Santo Escapulario entre sus manos y lo besó con muestras de inusitado y delirante fervor. Apenas empuñó este soberano y celestial escudo, desesperó de la presa Lucifer, y al punto desapareció, quedando nuestro mozo tan esperanzado y alegre cuanto antes lo estuvo de mohino y desesperado.

Fue, de allí en adelante, un ejemplo vivo de fervor, de piedad y de vida edificante para todos los jóvenes de la ciudad de Nápoles, el que antes fuera ocasión de ruina y escándalo para muchos.

137.- LIBRA A UNA POSESA

Por el mes de mayo del año 1593, habiendo llegado a la ciudad de Valladolid un comediante, por entonces famosísimo en su arte, llamado Alcocer, vino a hospedar

darse a un mesón o casa de huéspedes de lo mejor de la ciudad.

Servía en el mismo una moza asturiana, la cual, al trasladar el equipaje de Alcocer desde el vestíbulo a su habitación, fue poseída súbitamente del demonio, comenzando a hacer locuras. El cómico, que acababa de llegar, al oírlo, acudió en su ayuda diciendo:

-“Esperen, señores, pues ahora veremos si es que su mal es obra del demonio”.

Y quitándose para ello el Santo Escapulario que llevaba al cuello, púsolo sobre la muchacha, y en el mismo instante ella comenzó a bramar y barbotar blasfemias, alterándose de tal suerte que todos los presentes no eran bastantes a rendirle las fuerzas para que estuviese queda y no se maltratara; mas el comediante, con ánimo sereno, poniendo sobre ella el Santo Escapulario e invocando a la Virgen del Carmen, le decía:

-“Espíritu infernal, por la virtud de Nuestro Señor Jesucristo y la intercesión de su Santísima Madre, y la gracia que ha vinculado a su Santo Escapulario, yo te conjuro a que salgas al punto de esta infeliz doncella”.

Con semejantes palabras y otras repetidas con sumo fervor, logró, tras un breve espacio de lucha, que Lucifer, dando alaridos y queriendo despedazar a la doncella, saliese de ésta, dejando confusos y admirados a los circunstantes de la resistencia que oponía a salir de ella y abandonar su presa.

Entonces, Alcocer, llevando a la joven al convento de los Padres Carmelitas de Valladolid para que le impusieran el Escapulario, refirió a los religiosos lo ocurrido, e hizo que la joven diese gracias a la Santísima Virgen por librarla de los ardides del enemigo, dejando como exvoto el Escapulario.

138.- EL DEMONIO CONFIESA EL VALOR DEL ESCAPULARIO

El venerable P. Miguel de la Fuente (+1625), dice que un devoto de María Santísima se hallaba muy perseguido del demonio, quien le amedrentaba con visibles y espantosas figuras, mas, en tomando el Santo Escapulario en sus manos, al punto se desvanecían.

En cierta ocasión tomó forma de horrible cuervo, y, batiendo sus diabólicas alas sobre el rostro del devoto de María, le atormentaba sobre toda ponderación.

Pasada aquella primera turbación, empuñó para defenderse el bendito Escapulario de la Virgen, huyendo al instante el enemigo infernal.

Se hallaba después dando gracias a la Virgen Santísima, y, como se recrease contemplando y besando el bendito Escapulario, considerándolo cual prenda de su maternal y finísimo amor, en quien depositara su poder tan excelsa virtud para resistir al astuto enemigo, al estrecharle contra su corazón y ponerle sobre su pecho, el maligno espíritu, volviendo a tomar otra más horrorosa y espantosa figura, le dijo:

-“Arrójale ese vestido, infeliz. ¿Para qué vale sino para que con él nos atormentes?”

139.-CON UN INDIO BRUJO

El siguiente hecho, en el que se manifiesta el poder del santo Escapulario del Carmen contra los espíritus malignos, tuvo lugar en Dabeiba, en la Prefectura Apostólica de Urabá (Colombia), por el año 1920.

El indio Justiniano Domicó enfermó de gravedad en su bohío del Jague. Se le bajó a la casa de la Misión de Dabeiba, para ser atendido por las Hermanas Misioneras, pues se trataba de un indio buen cristiano y asiduo a la Misión.

Cierto día presentóse un indio de Pavarandocito -diez

leguas de camino- a visitarle. Llamábase Antonio, médico brujo, al que los indios le daban el nombre de "Jaibaná". Antonio, se comprometió a curar al enfermo.

Provisto de los remedios, dio comienzo a la curación en el silencio y oscuridad de la noche, tiempo que prefieren estos brujos para las curaciones. Tendió al enfermo en el suelo y empezó a sobar su cuerpo con unos idolitos, mientras canturreaba sus invocaciones a sus jaíes. De vez en cuando mojaba los ídolos en el traje, de antemano preparado por las indias, y le daba a beber al enfermo una pequeña cantidad.

Al poco rato, dirigiéndose hacia el próximo monte, dio el "Jaibana" Antonio un fuerte y prolongado silbido, que era la llamada al "Jaí" o espíritu. A continuación, la actitud de Antonio se transformó; parecía poseído del demonio. Empezó a frotar de nuevo los idolitos sobre su enfermo, desde los antebrazos al pecho; mas al llegar el ídolo a tocar el Escapulario del Carmen, que el enfermo tenía impuesto, quedaba inmóvil, a pesar de los esfuerzos del curandero, que repetía una y otra vez la misma operación.

Mojaba el ídolo en la pócima preparada y volvía a las sobas y fricciones; pero, al contacto del ídolo con los cordones del Escapulario, se paralizaba su movimiento. Mientras tanto, el brujo Antonio decía:

- "Mi Jaí" no quiere entrar donde corazón".

Entre convulsiones y con ademán enfurecido, empezó Antonio las fricciones desde el abdomen hacia el pecho, y al contacto del idolillo con el Escapulario, el mismo fenómeno de paralización. De repente, quedó el "Jaibaná" reconcentrado durante unos cinco minutos, luego se restregó el ídolo en su propio cuerpo y dijo, tomando el Escapulario del enfermo:

- "Esto tiene que botar (quitar); mi "Jaí" dice: este trapo impide curar".

- "La Hermana que se hallaba presente le contestó:

-“Si esa ropa impide, también la camisa”. A lo que repuso el Jaibaná Antonio:

-“Mi Jaí” dice este trapo (Escapulario) impide pasar, porque es como Cristo”.

Naturalmente, el enfermo no quiso desprenderse de su Escapulario. Las Hermanas, al ver tan palpablemente la virtud prodigiosa del Santo Escapulario, no cesaban de alabar y bendecir a la Santísima Virgen y prorrumpieron en este grito de júbilo:

-“¡Viva el Escapulario de la Virgen del Carmen!”

Entretanto el “Jaibaná ”Antonio brincaba cual un epiléptico, como movido por oculto resorte, amenazando a los presentes con el puño y diciendo:

-“Si no deja curar, yo revienta esta casa; yo prueba, mucho puede mi “Jaí”.

Una Hermana asperjó disimuladamente con agua bendita al “Jaibaná” y quedó apaciguado.

El enfermo Justiniano Domicó se curó con medios que la Misión le proporcionó.

140.- LAS TRES COSAS QUE MÁS ABO- RRECE EL DEMONIO

El venerable Francisco de Yepes, hermano de San Juan de la Cruz y terciario Carmelita, fue devotísimo del Santo Escapulario, y hacía cuanto podía porque todos se revistiesen de tan sagrada librea, que él llevaba constantemente como un arma poderosísima contra los asaltos del demonio.

La Virgen Santísima del Carmen le demostró su agrado, correspondiendo a su devoción y apostolado del Escapulario con favores muy extraordinarios.

Al fallecer su esposa, que, como él, pertenecía a la Tercera Orden del Carmen, rogaba muy apenado por el esta-

do de su alma, cuando se le apareció la Santísima Virgen, diciéndole:

-“El alma de tu mujer, después de haber sufrido tres noches y dos días en el Purgatorio, hoy, sábado, la he librado de aquellas penas y goza ya de las delicias del cielo”.

En cierta ocasión que los demonios redoblan en vano sus asaltos para que el siervo de Dios abandonara el Escapulario y dejase de propagarlo, le dijeron, llenos de rabia:

-“¿Qué te hemos hecho para que nos atormentes con tanta crueldad? ¿Por qué persuades a tanta gente para que venere ese hábito y con él se vista? En nuestro poder caerás y caro lo has de pagar... Quítate ese Escapulario, despójate de ese vestido, que tantas almas roba al infierno. Todos los que lo visten mueren piadosamente. ¡Ay!; tres cosas son para nosotros verdaderamente insoportables y nos atormentan más que nada: el nombre de Jesús, el nombre de María y el Escapulario del Carmen, que es llevado por todos y en todas partes”.

141.- UN PACTO FRATERO

El mismo venerable siervo de Dios Francisco de Yepes, tenía gran amistad con el terciario carmelita Antonio de Santiago, varón de eximias virtudes. Ambos, vecinos de Medina del Campo, en vida habían hecho un pacto común, por el cual se comprometían, el que de los dos muriese primero, a aparecerse lo antes posible a su amigo, para manifestarle el estado de su alma en la otra vida, si Dios fuese servido de concederles tal gracia.

Y, en efecto, el sábado inmediato a la muerte de Antonio Santiago, el cual había muerto a los treinta años lleno de virtudes y méritos, como estuviese al rayar el alba orando ante el Sagrario el siervo de Dios Francisco de Yepes, notó un suavísimo olor, y vió luego, muy cerca de sí, a su amigo Antonio,